

TEXTO: *INVESTIGACIÓN SOBRE EL ENTENDIMIENTO HUMANO, Secciones II-V.*

Este texto es una selección de las secciones II, III, IV y V de *An Enquiry concerning human understanding* de David Hume, publicada en *Enquiries concerning human understanding and concerning the principles of morals* por Oxford University Press en 1990, Pp. 17-32, 40-47. Se trata de la edición de L. A. Selby-Bigge, revisada y anotada por P. H. Nidditch. La selección y la versión castellana es de la autora, M^a Jesús Temprano Marañón.

EPÍGRAFES:

- I.- Diferencia entre pensamientos y sensaciones
 - II.- Clasificación de las percepciones según su vivacidad
 - III.- Pruebas de que los pensamientos son copias de las impresiones
 - IV.- Una excepción al "principio de la copia"
 - V.- Utilidad de la diferencia entre impresiones e ideas como criterio de significado
 - VI.- Se puede probar que existe un principio de conexión entre las ideas
 - VII.- Clasificación de estos principios
 - VIII.- División de las proposiciones
 - IX.- Naturaleza de la evidencia en las cuestiones de hecho
 - X.- No hay conocimiento *a priori* sobre estas relaciones
 - XI.- La experiencia es la única instancia que proporciona conocimiento sobre esta relación
 - XII.- No existe vínculo entre causa y efecto
 - XIII.- Imposibilidad de descubrir una última causa
 - XIV.- Beneficios de la filosofía escéptica
 - XV.- Limitaciones de su influencia sobre la naturaleza humana
 - XVI.- Como actúa la experiencia en los razonamientos causa-efecto
 - XVII.- Influencia de la costumbre en las inferencias causales
 - XVIII.- Conclusión: todas estas operaciones obedecen más al instinto natural que al razonamiento
-

SECCIÓN II.- SOBRE EL ORIGEN DE LAS IDEAS

I.- [Diferencia entre pensamientos y sensaciones.]

Todo el mundo admitirá de buen grado que hay una diferencia considerable entre las percepciones de la mente cuando un hombre siente el dolor por un excesivo calor o el placer que produce una moderada calidez, y cuando posteriormente trae a su **memoria** esta sensación o la anticipa gracias a su **imaginación**. Estas facultades pueden remedar o copiar las percepciones de los sentidos, pero nunca podrán alcanzar completamente la fuerza y vivacidad de la **experiencia** original. A lo sumo podemos decir de estas facultades, siempre y cuando operen con el mayor vigor, que representan su objeto de manera tan vivaz, que casi podríamos decir que lo sentimos o lo vemos. Pero, a no ser que la mente esté perturbada por enfermedad o locura, nunca pueden llegar a un grado tal de vivacidad como para volver estas percepciones indiscernibles de las sensaciones. Por espléndidos que sean todos los colores de la poesía, nunca podrán pintar los objetos naturales de tal manera que la descripción sea tomada por un paisaje real. El más vívido de los pensamientos es inferior, incluso, a la sensación más apagada.

Podemos observar que una distinción parecida se aplica a todas las percepciones de la mente. Un hombre en estado colérico actúa de forma muy diferente de aquel que sólo piensa esa emoción. Si se me dice que alguien está enamorado, puedo fácilmente comprender lo que se me quiere decir y hacerme una imagen justa de la situación, pero nunca puedo confundir esta imagen con los desordenes y agitaciones auténticos de la pasión.

Cuando reflexionamos sobre nuestras experiencias y afectos pasados, nuestro pensamiento es un fiel espejo, y reproduce los objetos verazmente; pero los colores que emplea son tenues y apagados en comparación con aquellos que investían nuestra **percepción** original. No se requiere un especial discernimiento ni una mente especialmente metafísica para poder señalar la distinción entre ellos.

II.- [Clasificación de las percepciones según su vivacidad]

Así pues, podemos dividir todas las percepciones de la mente en dos clases o especies, que pueden ser distinguidas por sus diferentes grados de fuerza y vivacidad. Las menos potentes e intensas comúnmente son llamadas **pensamientos o ideas**; la otra especie carece de un nombre en nuestro idioma y en la mayoría de los demás, supongo que porque sólo con propósitos filosóficos es necesario situarla bajo un término o denominación general. Tomémonos, por lo tanto, cierta libertad y llamémoslas impresiones, empleando esta palabra un en sentido de algún modo diferente del usual. Con el término **impresión**, pues, quiero referirme a todas nuestras percepciones más intensas; cuando oímos o vemos, o sentimos, o amamos, u odiamos, o deseamos o queremos. Y las impresiones se distinguen de las ideas, que son las percepciones menos intensas de las que somos conscientes, cuando reflexionamos sobre las sensaciones o mecanismos más arriba mencionados.

Nada puede parecer a primera vista más ilimitado que el pensamiento del hombre, que no sólo escapa a todo poder y autoridad humanos, sino que ni siquiera se restringe a los límites de la naturaleza y la realidad. Formar monstruos y unir formas y apariencias incongruentes no supone para la imaginación más problemas que concebir los objetos más naturales y familiares. Y mientras que el cuerpo está confinado a un planeta, sobre el cual se arrastra con dolor y dificultad, el pensamiento puede transportarnos en un instante a las regiones más distantes del universo; o incluso más allá del universo, al caos ilimitado, donde se supone que la naturaleza cae en total confusión. Lo que nunca se ha sentido u oído, puede, sin embargo, ser concebido; no hay nada más allá del poder del pensamiento, salvo lo que implica contradicción absoluta.

Pero, aunque nuestro pensamiento parece poseer esta ilimitada libertad, encontraremos, tras un examen más aproximado, que está realmente confinado en estrechos límites, y que todo este poder creativo de la mente equivale solamente a la facultad de componer, transponer, aumentar o disminuir los materiales proporcionados por los sentidos o la experiencia. Cuando pensamos en una montaña de oro, nos limitamos a unir dos ideas compatibles, oro y *montaña*, que previamente conocíamos. Podemos imaginar un caballo virtuoso, ya que a partir de nuestros propios estados internos podemos concebir la virtud y podemos unir a ésta la forma y figura de un caballo, que es un animal familiar para nosotros. En resumen, todos los materiales del pensamiento se derivan de nuestra experiencia interna o externa, la mezcla y composición de estas pertenece sólo a la mente y la voluntad. O, para expresarme en lenguaje filosófico, todas nuestras ideas o percepciones más débiles son copias de nuestras impresiones o percepciones más intensas.

III.- [Pruebas de que los pensamientos son copias de las impresiones]

Para probar esto, espero que sean suficientes los dos argumentos siguientes. Primero, cuando analizamos nuestros pensamientos o ideas, por muy complicadas o sublimes que sean, encontramos siempre que se resuelven en ideas tan simples como las copiadas de una experiencia o estado interno precedente. Incluso aquellas ideas que, a primera vista, parecen más alejadas de este origen, resultan, tras un estudio más aproximado, derivarse de él. La idea de Dios, refiriéndonos a un ser infinitamente inteligente, sabio y bueno, surge de la reflexión sobre las operaciones de nuestra propia mente, y de aumentar sin límites aquellas cualidades de bondad y sabiduría. Podríamos proseguir esta investigación tan lejos como quisiéramos, siempre encontraríamos que cada idea que examinamos es copia de una impresión similar. Aquellos que quisieran afirmar que esta posición no es universalmente válida ni carente de excepción, tienen un sólo y sencillo método de refutarla: producir aquella idea que, en su opinión, no se deriva de esta fuente. Entonces nos correspondería a nosotros, si queremos mantener nuestra doctrina, presentar la impresión o percepción intensa que le corresponde

En segundo lugar, si ocurre, a causa de algún defecto en sus órganos, que un hombre no es susceptible de ninguna clase de sensación, encontramos siempre que es igualmente incapaz de las correspondientes ideas. Un ciego, no puede hacerse idea de los colores ni un sordo de los sonidos. Devuélvase a cada uno de ellos el sentido que le falta, al abrir este nuevo canal para sus sensaciones, se abre también un nuevo cauce para sus ideas. El caso es el mismo si el objeto apropiado para excitar la sensación nunca ha sido aplicado al órgano. Un negro o un lapón no tienen noción alguna del sabor del vino. Y, aunque hay pocos o ningún ejemplo de una deficiencia en la mente por la cual una persona nunca ha sentido o es completamente incapaz de un modo de una pasión o modo de sentir correspondiente a su especie, aún así encontramos que la misma observación puede ser realizada en un grado menor. Un hombre apacible no puede hacerse idea del deseo inveterado de venganza o crueldad, tampoco puede un corazón egoísta concebir las excelencias de la amistad y la generosidad. Es fácilmente admitido que muchos otros seres pueden poseer muchas facultades que nosotros no llegamos a imaginar, porque las ideas de éstas nunca han accedido a nosotros de la única manera en que una idea puede tener acceso a la mente, a saber, por la experiencia interna y la sensación.

IV.- [Una excepción al "principio de la copia"]

Hay, sin embargo, un fenómeno contradictorio que puede demostrar que no es absolutamente imposible que las ideas surjan independientemente de sus correspondientes impresiones. Creo que se admitirá fácilmente que las distintas ideas de color que penetran por los ojos o las de sonido que son transmitidas por el oído son realmente distintas unas de otras, aunque al mismo tiempo se parezcan. Si esto es verdad para los diferentes colores, no lo es menos para los distintos matices de un color; cada matiz genera una idea distinta, independiente del resto. Si se negara esto, sería posible, por gradación continua de matices, pasar insensiblemente de un color a otro totalmente distinto de él. Y si uno no acepta que alguno de los matices intermedios sea diferente, no puede, sin caer en el absurdo, negar que los matices extremos sean iguales. Supongamos, por tanto, una persona que ha disfrutado del sentido de la vista durante treinta años y se ha familiarizado perfectamente con colores de todas las clases, excepto un matiz concreto de azul que, por ejemplo, nunca ha encontrado. Mostrémosle todos los matices de ese color excepto éste, descendiendo gradualmente desde el más oscuro hasta el más claro; es evidente que percibirá un vacío en el lugar donde este matiz debiera de estar y notará mayor distancia entre los colores contiguos en ese lugar que en otro cualquiera. Ahora pregunto, ¿le sería posible desde su propia imaginación suplir esta deficiencia y representarse la idea de ese matiz particular, aunque nunca le haya sido transmitida por los sentidos? Creo que pocos serán de la opinión de que no podría; y esto debe de servir como prueba de que las ideas, no siempre y en todos los casos se derivan de las correspondientes impresiones, de todos modos, este caso es tan excepcional que no vale la pena observarlo, y no merece que únicamente por él, alteremos nuestra máxima general.

V.- [Utilidad de la diferencia entre impresiones e ideas como criterio de significado]

He aquí, pues, una proposición que no sólo parece en sí misma simple e inteligible, sino que, si se hiciese un uso apropiado de ella, podría hacer inteligible cualquier disputa y proscribir toda esa jerga que, durante tanto tiempo, ha invadido los razonamientos metafísicos y los ha desprestigiado. Todas las ideas, especialmente las abstractas son naturalmente débiles y oscuras. La mente tiene un escaso dominio sobre ellas, pueden ser fácilmente confundidas con otras semejantes; y cuando hemos empleado a menudo un término, aun sin darle un significado preciso, tendemos a imaginar que tiene una idea anexa. Por el contrario, todas las impresiones, esto es todas las sensaciones ya sean internas o externas, son fuertes y vívidas: los límites entre ellas están exactamente determinados y no es fácil caer en error o equivocación respecto a ellas. Cuando alberguemos, por tanto, la sospecha de que un término filosófico se emplea sin significado o idea (como ocurre con demasiada frecuencia), sólo necesitamos preguntar *¿de qué impresión se deriva la supuesta idea?* Y si resultara imposible asignarle alguna esto confirmaría nuestra sospecha. Al exponer nuestras ideas a una luz tan clara, podemos esperar razonablemente eliminar toda discusión que pudiera surgir acerca de su naturaleza y realidad¹.

SECCIÓN III.- DE LA ASOCIACIÓN DE IDEAS.

VI.- [Se puede probar que existe un principio de conexión entre las ideas.]

Es evidente que hay un principio de conexión entre los diferentes pensamientos e ideas de la mente y que, en su presentación a la memoria o a la imaginación, se introducen unos u otros con un cierto grado de método y regularidad. En nuestro más riguroso pensamiento o discurso se puede observar que cualquier pensamiento particular que irrumpe en la serie habitual o cadena de ideas es inmediatamente advertido y rechazado. E incluso en nuestras más insensatas y erráticas fantasías, más aún, en nuestros mismo sueños encontraremos, si reflexionamos, que la imaginación no ha corrido a la ventura, sino que sostiene aún una conexión entre las distintas ideas que se suceden unas a otras. Si transcribiéramos la más libre e inconexa de nuestras conversaciones, inmediatamente observaríamos algo que la conecta en todos sus pasos. O, donde esto faltara, la persona que rompió el hilo del discurso podría, sin embargo, informar que, secretamente, rondaban su mente una sucesión de pensamientos que gradualmente le habían alejado del tema de la conversación. Entre los distintos idiomas, incluso donde no podemos sospechar la más mínima comunicación o conexión, se ha encontrado que las palabras que expresan ideas más complejas se corresponden casi entre sí, lo que constituye una prueba segura de que las ideas simples comprendidas en las complejas están unidas por un principio universal que tiene la misma influencia en toda la humanidad.

¹ Es probable que los que negaron las ideas innatas no quisieran decir otra cosa más que estas ideas son copias de nuestras impresiones, aunque es necesario reconocer que los términos que emplearon no fueron escogidos con bastante cautela ni definidos con la suficiente precisión como para evitar todo lo equívoco en su doctrina. ¿Qué es lo que se entiende por innato? Si innato es equivalente a natural, entonces todas las percepciones e ideas de la mente deben ser consideradas innatas o naturales, cualquiera que sea el sentido en que tomemos esta palabra, ya sea por contraposición a lo que es infrecuente, artificial o milagroso. Si por innato se entiende lo que es simultáneo a nuestro nacimiento, la disputa parece frívola; no vale la pena preguntarse cuando comienza el pensamiento, si antes, en el mismo momento, o después de nuestro nacimiento. Por otra parte, la palabra *idea* parece ser tomada en sentido muy lato por Locke y otros, como si pudiese referirse a cualquiera de nuestras percepciones, sensaciones y pasiones, así como pensamientos. Ahora bien, en este sentido, me gustaría saber qué es lo que se pretende decir al afirmar que el amor propio, el resentimiento por daños o la pasión entre los sexos no son innatos. Pero admitiendo que los términos *impresiones* e *ideas* en el sentido explicado más arriba y entendiendo por *innato* lo que es original y no copiado de ninguna percepción precedente, entonces podremos afirmar que todas nuestras impresiones son innatas y nuestras ideas no lo son. Para ser sincero debo reconocer que, en mi opinión, Locke fue influido erróneamente en esta cuestión por los escolásticos, quienes utilizando términos indefinidos conducían sus disputas a una tediosa lentitud, sin alcanzar jamás el final de la cuestión. Semejantes ambigüedad y circunlocución parecen recorrer todos los razonamientos de este filósofo, tanto en éste como en la mayoría de los otros asuntos.

VII.- [Clasificación de estos principios]

Aunque es demasiado obvio como para escapar a la observación de que las diferentes ideas están conectadas entre sí, no he encontrado un solo filósofo que haya intentado enumerar o clasificar todos los principios de asociación, tema, sin embargo digno de curiosidad. En mi opinión, parece haber solo tres principios de conexión entre las ideas, a saber, *Semejanza*, *Contigüidad* en el espacio o en el tiempo y *Causa o Efecto*.

Creo que no habrá muchas dudas acerca de que estos principios sirvan para conectar ideas: Una pintura conduce naturalmente nuestros pensamientos hacia el original², la mención de un aposento en un edificio introduce naturalmente una pregunta o comentario sobre los demás³, y si pensamos en una herida, difícilmente nos abstendremos de pensar en el dolor que la acompaña⁴. Pero, que esta enumeración sea completa y no haya otros principios de asociación excepto estos, puede ser difícil de probar a satisfacción del lector e incluso a satisfacción propia. Todo lo que podemos hacer en tales casos es recorrer varios ejemplos y examinar cuidadosamente el principio que conecta los distintos pensamientos entre sí, y no detenernos hasta no haber hecho el principio tan general como sea posible⁵. Cuantos más casos examinemos y más cuidado pongamos en ello, mayor seguridad adquiriremos de que la enumeración realizada a partir del conjunto es completa y total.

SECCIÓN IV.- DUDAS ESCÉPTICAS ACERCA DE LAS OPERACIONES DEL ENTENDIMIENTO.

VIII.- [División de las proposiciones]

Todos los objetos de la razón o investigación humana pueden dividirse naturalmente en dos grupos, a saber; *Relaciones de Ideas* y *cuestiones de Hecho*. A la primera clase pertenecen las ciencias de la Geometría, Álgebra y Aritmética y, en resumen, toda afirmación bien intuitiva, bien demostrativamente cierta. *Que el cuadrado de la hipotenusa es igual al cuadrado de los catetos* es una proposición que expresa una relación entre las partes del triángulo. *Que tres veces cinco es igual a la mitad de treinta* expresa una relación entre estos números. Las proposiciones de esta clase pueden descubrirse por la mera operación del pensamiento, independientemente de cualquier cosa existente en el universo. Aunque jamás hubiera habido un círculo o un triángulo en la naturaleza, las verdades demostradas por **Euclides** mantendrían siempre su certeza y evidencia.

Las cuestiones de hecho, los segundos objetos de la razón humana, no son averiguados de la misma manera, ni nuestra evidencia de su verdad, por grande que sea, es de naturaleza igual que la precedente. Lo contrario de cualquier cuestión de hecho es, sin embargo, posible, porque nunca puede implicar contradicción, y es concebido por lamente con la misma facilidad y precisión que si fuera ajustado a la realidad. *Que el sol no saldrá mañana* no es una proposición menos inteligible que *saldrá mañana*. En vano, pues, intentaríamos probar su falsedad. Si fuera demostrativamente falsa, implicaría una contradicción y nunca podría ser concebida por la mente con precisión.

IX.- [Naturaleza de la evidencia en las cuestiones de hecho]

Puede ser, por lo tanto, un tema digno de curiosidad investigar cuál es la naturaleza de esa evidencia que nos asegura de cualquier existencia real y **cuestión de hecho**, más allá del testimonio actual de nuestros sentidos o de los registros de nuestra memoria. Esta parte de la filosofía, como puede observarse, ha sido poco cultivada tanto por los antiguos como por los modernos, y por eso nuestras dudas y errores en la prosecución de tan importante investigación pueden ser aún más excusables, ya que nos adentramos en caminos tan difíciles sin guía ni dirección alguna. Pueden, incluso, resultar útiles por excitar la curiosidad destruyendo así la fe implícita y la seguridad que son la pérdida de todo razonamiento e investigación libre. El descubrimiento de defectos en la filosofía

² Semejanza

³ Contigüidad

⁴ Causa y efecto

⁵ Por ejemplo, Contraste o Contrariedad es también una conexión entre ideas; pero puede, quizá, considerarse como una mezcla de *Causación* y *Semejanza*. Cuando dos objetos son contrarios el uno destruye al otro, que es la causa de su aniquilación, y la idea de aniquilación de un objeto implica la idea de su existencia anterior.

común si es que los hubiera, no resultaría ser, supongo, descorazonador, sino más bien una incitación, como es habitual, a intentar algo más pleno y satisfactorio que lo que hasta ahora se ha presentado al público

Todos los razonamientos que conciernen a las cuestiones de hecho parecen fundarse en la relación de *Causa y Efecto*. Sólo por medio de esta relación podemos ir más allá de la evidencia de nuestra memoria y nuestros sentidos. Si se le preguntara a alguien por qué cree en alguna cuestión de hecho que no esté presente, por ejemplo, que su amigo está en el campo o en Francia, daría una razón, y esta razón sería algún otro hecho, como una carta recibida de él o el conocimiento de sus anteriores propósitos y promesas. Un hombre que encontrase un reloj o cualquier otra máquina en una isla desierta, concluiría que hubo alguna vez hombres en esa isla. Todos nuestros razonamientos sobre hechos son de la misma naturaleza. Y en ellos se supone constantemente que hay una conexión entre el hecho presente y el que se infiere de él. Si no hubiera nada que los uniera, la inferencia sería totalmente precaria. La escucha de una voz articulada y un discurso racional en la oscuridad nos asegura de la presencia de alguna persona. ¿Por qué? Porque son efectos de la condición y el hacer humanos, estrechamente conectados con él. Si analizamos todos los demás razonamientos de esta naturaleza, encontramos que están fundados en la relación de causa y efecto, y esta relación es próxima o remota, directa o colateral. El calor y la luz son efectos colaterales del fuego, y un efecto puede acertadamente inferirse del otro.

Pues bien, si quisiéramos quedar satisfechos en lo que concierne a la naturaleza de esa evidencia que nos asegura de las cuestiones de hecho, debiéramos investigar cómo llegamos al conocimiento de la causa y del efecto.

X.- [No hay conocimiento *a priori* sobre estas relaciones]

Me aventuraré a afirmar, como proposición general que no admite excepción, que el conocimiento de esta relación no puede, en ningún caso, obtenerse por razonamientos *a priori*, sino que surge enteramente de la experiencia al encontrar que algunos objetos particulares están constantemente unidos unos a otros. Preséntese un objeto a un hombre dotado de una poderosa razón natural y buenas capacidades; si ese objeto le fuera completamente nuevo no podría, ni por el más meticuloso examen de sus cualidades sensibles, descubrir ninguna de sus causas o efectos. Adán, aún en el caso de que le supusiéramos facultades racionales plenas desde su origen, no habría podido inferir la fluidez y transparencia del agua que le podría ahogar, o de la luz y el calor del fuego que le podría consumir. Ningún objeto revela por las cualidades que muestra a los sentidos, ni las causas que le produjeron ni los efectos que surgen de él, ni puede nuestra razón, sin la ayuda de la experiencia, extraer inferencia alguna sobre la existencia real de las cuestiones de hecho.

XI.- [La experiencia es la única instancia que proporciona conocimiento sobre esta relación]

Esta proposición: *las causas y efectos no pueden descubrirse por la razón sino por la experiencia* será fácilmente admitida a propósito de los objetos que recordamos habernos sido alguna vez desconocidos, desde el momento en que somos conscientes de la total incapacidad en la que estábamos sumidos para predecir lo que surgiría de ellos. Si presentamos dos piezas de mármol a un hombre que no tiene ni idea de filosofía natural, nunca descubriría que se adhieren entre sí de tal manera que para separarlas se requiere una gran fuerza rectilínea, mientras que ofrecen muy poca resistencia a una presión lateral. Es fácil admitir que los sucesos que presentan poca similitud con el curso normal de la naturaleza son conocidos sólo por la experiencia: nadie se imagina que la explosión de la pólvora o la atracción de un imán puedan descubrirse por medio de argumentos *a priori*. Del mismo modo, cuando suponemos que un efecto depende de un intrincado mecanismo o una estructura cuyas partes ignoramos, no tenemos dificultad en atribuir todo nuestro conocimiento sobre él a la experiencia. ¿Quién afirmará que puede dar la razón última por la cual la leche o el pan son alimentos propios para el hombre, pero no para un león o un tigre?

Sin embargo, a primera vista, esta verdad puede no presentarse con la misma evidencia cuando concierne a hechos que nos son familiares desde nuestro origen, que guardan una estrecha analogía con el curso total de la naturaleza, y que se supone dependen de cualidades simples de los objetos sin ninguna secreta estructuración de partes. Tendemos a imaginar que podemos descubrir estos efectos por el mero operar de nuestra razón, sin experiencia. Nos figuramos que si irrumpiéramos de repente en este mundo, podríamos inferir, desde el primer momento que una bola de billar comunica su movimiento a otra al impulsarla, y que no necesitaríamos esperar que el acontecimiento ocurriera

para pronunciarnos con certeza acerca de él. Tal es el influjo de la costumbre que, donde es más fuerte, no sólo disimula nuestra ignorancia natural, sino que, incluso se la oculta a sí misma, y parece que ésta no tiene lugar, simplemente por que se da en grado sumo.

Pero, para convencernos de que todas las leyes de la naturaleza y todas las operaciones de los cuerpos, sin excepción, se reconocen sólo por la experiencia, quizá puedan bastar las siguientes reflexiones: si se nos presentara un objeto cualquiera y tuviéramos que pronunciarnos acerca del efecto resultante de él sin consultar observaciones pasadas ¿de qué manera, pregunto, debería proceder la mente en esta operación? Debo inventar o imaginar algún acontecimiento que pudiera atribuirse al objeto como efecto suyo. Y es claro que esta atribución debe ser totalmente arbitraria. La mente nunca puede encontrar el efecto en la supuesta causa por el escrutinio o examen más riguroso, pues el efecto es totalmente diferente de la causa y, consecuentemente, nunca puede ser descubierto en ella. El movimiento de la segunda bola de billar es un suceso totalmente distinto del movimiento en la primera, tampoco hay nada en uno que sugiera el más mínimo indicio del otro. Una piedra o pieza de metal sostenida en el aire y privada de soporte cae inmediatamente; pero considerando el asunto *a priori* ¿hay algo que podamos descubrir en esta situación que origine la idea de movimiento descendente más que ascendente o cualquier otro movimiento en la piedra o el metal?

XII.- [No existe vínculo entre causa y efecto]

Y, como en todas las operaciones naturales, la primera invención o imaginación de un determinado efecto es arbitraria en tanto no consultemos a la experiencia, por eso debemos estimar el supuesto vínculo o conexión entre la causa y el efecto que los une y hace imposible que ningún otro efecto pueda resultar de la operación de esa causa. Cuando veo, por ejemplo, una bola de billar moviéndose en línea recta hacia otra, incluso suponiendo que el movimiento de la segunda bola me fuera sugerido por accidente como resultado de su contacto o impulso ¿acaso no puedo imaginar que otros cien acontecimientos diferentes podrían ser, igualmente, resultado de esa causa? Todas estas suposiciones son consistentes y concebibles. ¿Por qué, entonces, debiéramos dar preferencia a una que nos es más consistente o concebible que el resto? Ninguno de nuestros razonamientos *a priori* podrá jamás mostrarnos fundamento alguno para esta preferencia.

En una palabra, pues, todo efecto es un acontecimiento distinto de su causa. No podría, por tanto, ser descubierto en ella, y su invención inicial o representación *a priori* tienen que ser completamente arbitrarias. Incluso después de haber sido sugerida, su conjunción con la causa debe aparecer igualmente arbitraria, ya que hay otros muchos efectos que han de aparecerle a la razón totalmente consistentes y naturales. En vano, pues, pretenderíamos determinar cualquier acontecimiento singular o inferir alguna causa o efecto, sin la asistencia de la observación o la experiencia.

XIII.- [Imposibilidad de descubrir una última causa]

A partir de aquí podemos descubrir la razón por la que ningún filósofo, que sea racional y modesto, ha intentado asignar la causa última de cualquier operación natural, o mostrar inequívocamente la acción de la fuerza que produce cualquier efecto singular en el universo. Se reconoce que el mayor esfuerzo de la razón humana consiste en reducir los principios productivos de las ciencias naturales a una mayor simplicidad, y los muchos efectos particulares a unas pocas causas generales por medio de razonamientos fundados en la analogía la experiencia y la observación. Pero, las causas de estas causas generales, en vano esperaríamos descubrirlas, ni ser capaces de satisfacernos con ninguna particular explicación de ellas. Estas fuentes y principios últimos están totalmente vetados a la curiosidad e investigación humanas. Elasticidad, gravedad, cohesión de partes, comunicación de movimiento mediante impulso, estas son probablemente las últimas causas y principios que podremos llegar a descubrir en la naturaleza. Y nos podemos considerar suficientemente felices si, mediante la investigación cuidadosa y el razonamiento, podemos elevarnos desde los fenómenos particulares hacia estos principios generales o, al menos, aproximarnos a ellos. La más perfecta filosofía de corte natural sólo abre un pequeño claro en nuestra ignorancia, así como la más perfecta filosofía de tipo moral o metafísico sólo sirve para descubrir grandes porciones de ella. De esta suerte, la observación de la ceguera y debilidad humanas es el resultado de toda filosofía, y nos las encontramos a cada paso, a pesar de nuestros esfuerzos por eludirlas o evitarlas. (...)

SECCIÓN V.- SOLUCIONES ESCÉPTICAS A ESTAS DUDAS

XIV.- [Beneficios de la filosofía escéptica]

La pasión por la filosofía, como la pasión por la religión parece responsable de este inconveniente: que por más que aspira a la corrección de nuestro comportamiento y la extirpación de nuestros vicios, sólo puede servir de hecho, cuando se la emplea imprudentemente, para fomentar una inclinación predominante y empujar la mente con la más firme resolución a una posición a la que ya de por sí *tiende* demasiado por la predisposición y propensión del temperamento natural. Es cierto que mientras aspiramos a la magnánima firmeza del filósofo sabio y nos esforzamos por confinar nuestros placeres en nuestras propias mentes, podemos finalmente convertir nuestra filosofía, al igual que la de **Epicteto** y otros estoicos, en tan sólo un sistema un sistema más refinado de egoísmo, y razonar sin tener en cuenta toda virtud y disfrute social. Mientras estudiamos con atención la vanidad de la vida humana y volvemos nuestros pensamientos hacia el carácter vacío y transitorio de las riquezas y los honores, quizá estamos solamente favoreciendo nuestra indolencia natural que, detestando el bullicio del mundo y la esclavitud de los negocios, busca una pretendida razón para darse a sí misma una licencia total e incontrolada. Hay, sin embargo, una clase de filosofía que parece poco expuesta a esta inconveniencia, y esto es porque no choca con ninguna pasión desordenada de la mente humana ni puede mezclarse con ninguna afección o propensión natural. Esta es la **filosofía de la Academia o filosofía escéptica**. Los académicos hablan siempre de duda y suspensión de juicio, del peligro de las determinaciones precipitadas, de limitar en estrechos confines las investigaciones del entendimiento, y de renunciar a toda especulación que no concuerde con los límites de la vida y la práctica común. Nada, pues, puede ser más contrario a la supina indolencia de la mente, a su precipitada arrogancia, a sus sublimes pretensiones y a su supersticiosa credulidad que esta filosofía. Humilla toda pasión, salvo el amor a la verdad, que nunca es ni será llevado demasiado lejos. Es sorprendente, sin embargo, que esta filosofía que en casi todos los casos tiene que ser inofensiva e inocente, sea objeto de tantas reclamaciones y reproches infundados. Pero quizá es la misma circunstancia que la hace tan inocente quien la expone principalmente al resentimiento y la aversión públicos. Al no halagar ninguna pasión irregular consigue pocos partidarios; al oponerse a tantos vicios y locuras levanta contra sí multitud de enemigos, quienes la estigmatizan como libertina, profana e irreligiosa.

XV.- [Limitaciones de su influencia sobre la naturaleza humana]

No es preciso temer que esta filosofía, mientras se esfuerza por limitar nuestras investigaciones a la vida común, pueda socavar los razonamientos de ésta y llevar sus dudas tan lejos que destruya toda acción además de toda especulación. La naturaleza siempre mantendrá sus derechos y prevalecerá, al final, sobre todo razonamiento abstracto, cualquiera que fuese. Aunque concluyésemos, por ejemplo, como en la sección precedente, que en todos los razonamientos que provienen de la experiencia la mente da un paso que no se justifica por ningún argumento o proceso del entendimiento, no hay peligro de que esos razonamientos de los que depende casi todo el saber sean afectados por tal descubrimiento. Si la mente no fuera comprometida por un argumento a dar este paso, sería inducida por algún otro principio del mismo peso y autoridad; y este principio preservará su influencia mientras la naturaleza humana siga siendo la misma. Qué sea este principio bien podrá merecer el esfuerzo de una investigación.

XVI.- [Como actúa la experiencia en los razonamientos causa-efecto]

Supongamos que una persona dotada de poderosas facultades de razonamiento y reflexión irrumpe de repente en este mundo; observaría inmediatamente, claro está, una continua sucesión de objetos y un acontecimiento tras otro, pero no sería capaz de descubrir nada más allá de esto. Al principio, no podría mediante ningún razonamiento alcanzar la idea de causa y efecto, ya que los poderes particulares que ejecutan todas las operaciones naturales nunca aparecen a los sentidos, ni es razonable concluir únicamente porque un acontecimiento en un caso precede a otro, que, por eso, uno es la causa y otro el efecto. Puede no haber razón para inferir la existencia de uno de la aparición del otro. Y, en una palabra, tal persona, sin más experiencia, no podría elaborar conjetura o razonamiento alguno acerca de cualquier cuestión de hecho o estar segura de nada más allá de lo que fuera inmediatamente presente a su memoria y sentidos.

Supongamos, una segunda vez, que ha adquirido más experiencia y que ha vivido tanto tiempo en el mundo como para haber observado objetos o acontecimientos familiares en conjunción constante. ¿Cuál es la consecuencia de esta experiencia? Inmediatamente infiere la existencia de un objeto de la aparición de otro. Con todo, su experiencia aún no ha adquirido ninguna idea o conocimiento del poder secreto por el que un objeto produce otro, ni está comprometido a extraer esa inferencia por ningún proceso de razonamiento. Más, no obstante, se encuentra determinado a realizarla y aunque se convenciese de que su entendimiento no tiene parte en la operación, aún así, continuaría en el mismo curso de pensamiento. Hay algún otro principio que le determina a formar tal conclusión.

XVII.- [Influencia de la costumbre en las inferencias causales]

Este principio es la **Costumbre o Hábito**. Donde quiera que la repetición de algún acto u operación produce una propensión a renovar el mismo acto u operación sin estar impelido por ningún razonamiento o proceso del entendimiento, decimos siempre que esta propensión es el efecto de la *Costumbre*. Al emplear esta palabra no pretenderán haber dado la razón última de tal propensión. Sólo señalamos un principio de la naturaleza humana que es universalmente admitido y bien conocido por sus efectos. Quizá no podamos llevar nuestras investigaciones más allá ni pretender dar la causa de esta causa, sino que deberemos quedar contentos con éste último principio que podemos asignar a todas nuestras conclusiones de la experiencia. Es suficiente satisfacción que podamos ir tan lejos sin quejarnos de la estrechez de nuestras facultades porque no nos llevan más allá. Y es cierto que avanzamos una proposición cuando menos inteligible, sino verdadera, cuando afirmamos que, tras la conjunción constante de dos objetos –por ejemplo calor y llama, peso y solidez- sólo estamos determinados por la costumbre a esperar un a partir de la aparición del otro. Esta hipótesis parece además, la única que explica la dificultad de por qué de mil casos realizamos una inferencia que no somos capaces de extraer de uno solo, que no es en ningún respecto distinto de ellos. La razón es incapaz de una variación tal. Las conclusiones que sacamos de considerar un círculo son las mismas que nos formaríamos al inspeccionar todos los círculos del universo. Pero nadie, habiendo visto sólo un cuerpo moverse tras ser empujado por otro, puede inferir que todos los demás cuerpos se moverán después de un impulso parecido. Todas las inferencias de la experiencia son, por lo tanto, efectos de la costumbre, no del razonamiento⁶. La costumbre es, pues, la gran guía de la vida humana. Sólo este principio hace nuestra experiencia provechosa y nos permite esperar para el futuro una serie de acontecimientos similares a aquellos que aparecieron en el pasado. Sin la influencia de la costumbre seríamos completamente ignorantes de toda cuestión de hecho, más allá de lo inmediatamente presente a la memoria y a los sentidos. Nunca sabríamos como adjudicar medios a fines, o emplear nuestros poderes naturales en la producción de cualquier efecto. Sería para siempre el fin de toda acción así como de la mayor parte de la especulación.

Pero puede ser conveniente señalar que aunque las conclusiones de la experiencia nos llevan más allá de nuestra memoria y sentidos, y nos aseguran de cuestiones de hecho que ocurrieron en los lugares más alejados y en las más remotas épocas, aún así, algún hecho debe estar presente a los sentidos o a la memoria a partir del cual podamos iniciar la extracción de esas conclusiones. Un hombre que encontrase en el desierto espléndidos edificios, concluiría que el país fue poblado en tiempos antiguos por habitantes civilizados; pero si nada de esta naturaleza le ocurriera, nunca podría formarse tal inferencia. Aprendemos los acontecimientos de épocas pasadas de la historia, pero entonces hemos de repasar detenidamente los volúmenes que contienen esta enseñanza y, después, continuar nuestras inferencias de un testimonio a otro hasta llegar a los testigos oculares y espectadores de aquellos lejanos hechos. En una palabra, si no procediésemos a partir de un hecho presente a la memoria y a los sentidos, nuestros razonamientos serían meramente hipotéticos, y por mucho que los eslabones mismos estuvieran conectados entre sí, la cadena total de inferencias no tendría nada que la sostuviese, ni podríamos jamás por medio de ella llegar al conocimiento de una existencia real. Si pregunto por qué se cree en cualquier cuestión de hecho que se me cuenta, ha de dárseme una razón, y esta razón será algún otro hecho conectado con ella. Pero, como no se puede proceder de esta manera *in infinitum*, se ha de concluir en algún hecho presente a la memoria o a los sentidos, o ha de aceptarse que la creencia es totalmente infundada.

⁶ (N del T) en este punto existe en el texto de la edición de L.A. Selby-Bigge revisado y anotado por P.H. Nidditch, que es la que hemos utilizado, una larga nota que debido a su extensión omitimos en este trabajo.

XVIII.- [Conclusión: todas estas operaciones obedecen más al instinto natural que al razonamiento]

¿Cuál es, pues, la conclusión de todo este asunto? Una sencilla aunque, ha de reconocerse, bastante alejada de todas las teorías filosóficas comunes. Toda **creencia** en una cuestión de hecho o existencia reales deriva meramente de algún objeto presente a la memoria o a los sentidos y de una conjunción habitual entre éste y algún otro objeto. O, en otras palabras: habiéndose encontrado en muchos casos que dos clases cualesquiera de objetos, llama y calor, nieve y frío, han estado siempre unidos, si llama o nieve se presentaran nuevamente a los sentidos, la mente sería llevada por la costumbre a esperar calor y frío y a creer que tal cualidad realmente existe y que se manifestará tras un mayor acercamiento nuestro. Esta creencia es el resultado forzoso de colocar la mente en tales situaciones. Se trata de una operación del alma tan inevitable, cuando estamos así situados, como sentir la pasión del amor cuando recibimos beneficios, o la del odio cuando somos perjudicados. Todas estas operaciones son una clase de instinto natural que ningún razonamiento o proceso de pensamiento y comprensión puede producir o impedir.

Llegados a este punto sería muy lícito detenernos en nuestras investigaciones filosóficas. En la mayoría de las cuestiones no podemos dar un paso más, y en todas, tras las más persistentes y cuidadosas investigaciones hemos de acabar finalmente aquí. Pero, de todas formas, nuestra curiosidad será perdonable, quizá elogiable, si nos conduce a investigaciones aún más avanzadas y nos hace examinar más cuidadosamente la naturaleza de esta *creencia* y *conjunción habitual* de la que se deriva. Por este medio podemos encontrar explicaciones y analogías que nos satisfarán por lo menos a quienes amamos las ciencias abstractas y podemos entretenernos con especulaciones que, por muy precisas que sean, aún así, pueden conservar un cierto grado de duda e incertidumbre. Con respecto a los lectores que tienen otros gustos, lo que queda de esta sección no ha sido pensado para ellos y las investigaciones siguientes pueden comprenderse aún dejándola de lado.

Glosario

CAUSA-EFECTO (*cause-effect*)

La relación causa efecto es a la vez una relación natural y una relación filosófica. Como relación filosófica implica **contigüidad**, sucesión y conjunción constante, y se aplica a ciertos objetos que se dan siempre unidos entre sí y observados como inseparables en todos los casos pasados. El problema se plantea en la causalidad como relación natural, esto es, cuando la mente se ve impelida a efectuar una transición desde una idea conocida a otra que aún desconoce. Ningún examen de una causa nos puede llevar a encontraren ella alguna fuerza o poder desconocido capaz de causar un efecto y, por otra parte, la idea de una conexión necesaria entre causa y efectos no se deriva de ninguna **impresión**. Sólo la costumbre y la conjunción constante en el pasado, esto es, la **experiencia**, nos permiten afirmar que determinada causa producirá un determinado efecto. La experiencia pasada y la costumbre otorgan simplemente grados diversos de probabilidad a los razonamientos inductivos.

La cuestión de las relaciones causa-efecto y el problema de la inducción ocupa extensas paginadse sus dos obras más importantes sobre el conocimiento humano y es uno de los temas más estudiados por los especialistas y críticos. Ver **causa**.

CONTIGÜIDAD (*contiguity*)

A las relaciones de **Semejanza**, **contigüidad** y **causa-efecto** las denomina en su primera obra *Tratado de la naturaleza humana* relaciones naturales porque existe un lazo de unión, una "fuerza suave" que vincula naturalmente unas ideas con otras. En la *Investigación sobre el entendimiento humano* aparecen como principios de asociación, al igual que en su *Abstract*, y su importancia queda resaltada en el siguiente párrafo perteneciente a esta última obra (p.118): "...por lo que se refiere a la mente son estos los únicos lazos que vinculan las partes del universo, o nos conectan con cualquier persona u objeto exterior a nosotros mismos. Porque, como es solamente por medio del pensamiento como una cosa opera sobre nuestras pasiones, y como estos principios son los únicos lazos de nuestro pensamiento, dichos principios son realmente, *para nosotros*, el cemento del universo; y todas las operaciones de la mente deben, en gran medida, depender de ellos".

La relación de contigüidad, en concreto, es expuesta de la siguiente manera: "Es igualmente evidente que como los sentidos, al cambiar de objeto, están obligados a hacerlo de un modo regular, tomando a los objetos tal como se hallan **contiguos** unos a otros, la imaginación debe adquirir, gracias a una larga costumbre, el mismo método de pensamiento, recorriendo las distintas partes del espacio y el tiempo al concebir sus objetos" (Hume, 1739, p. 99)

CREENCIA (*Belief*)

De ella dice el autor que es "Una idea vivaz relacionada o asociada con una impresión presente" (Hume, 1739, p. 205) y también: "La creencia no es sino una imagen más vívida, intensa vigorosa y segura que aquella que por sí sola la imaginación es capaz de alcanzar".

De estas frases deducimos que la creencia no es otra cosa que una mayor fuerza o vivacidad añadida a una idea de la imaginación en relación con alguna impresión presente, por la que distinguimos una idea meramente imaginada o pensada de otra de la que esperamos que corresponda a algo existente.

La creencia no es una idea ni nace del orden de las ideas, es más bien un determinado modo de concebirlas."Sin embargo, cuando deseo explicar este modo apenas si encuentro una palabra que corresponda exactamente al caso, sino que me vio obligado a apelar al sentimiento de cada uno para proporcionarle una perfecta noción de esta operación mental. Una idea a que se presta asentimiento se *siente* de un modo distinto a una idea ficticia presentada por la sola fantasía. Es este diferente sentimiento el que me esfuerzo por explicar, denominándolo *fuerza*, *solidez*, *firmeza* o *consistencia* mayores. Esta variedad de términos, en apariencia tan poco filosófica, intenta únicamente expresar ese acto de la mente que hace que las realidades nos resulten más patentes que las ficciones, que les confiere un mayor peso ante el pensamiento y que les proporciona una mayor influencia sobre las pasiones y la imaginación; y una vez que estemos de acuerdo en la cosa, resultará innecesario disputar sobre los términos". (Hume, 1739, p.207)

La creencia constituye un elemento fundamental de la vida humana porque es ella quien nos mueve a la acción al provocar nuestro asentimiento y adhesión a determinadas ideas. Es la creencia quien nos permite efectuar la transición entre las **impresiones** presentes y otras que esperamos en el futuro y que “creemos” están ligadas causalmente con ellas. A falta de una “conexión necesaria”, imposible de descubrir entre causas y efectos, solo la creencia y la **costumbre**, en conjunción con la **experiencia** sostienen nuestra esperanza de que causas iguales producirán efectos iguales y que la naturaleza se comportará, según este principio, uniformemente.

Puedes comparar el significado de este término en Hume con el que tiene en Ortega consultando él término en el glosario correspondiente a este autor.

CUESTIÓN DE HECHO (*Matter of fact*)

En el ámbito de las cuestiones de hecho se engloban todos los conocimientos que conciernen al mundo de la experiencia y que por lo tanto pueden ser conocidas bien por percepción, bien por un tipo de razonamiento no demostrativo, ya que, el razonamiento demostrativo, entendido como razonamiento necesario y a priori es característico de las **relaciones de ideas**. El tipo de razonamiento concerniente a cuestiones de hecho y existencia es el que denomina “razonamiento moral” o “razonamiento probable”, un tipo de razonamiento que se apoya en la **experiencia**.

Las **relaciones de ideas** y las “cuestiones de hecho” constituyen dos clases de proposiciones diferentes, las primeras no pueden ser negadas sin contradicción, las segundas sí, las primeras pueden ser conocidas a *prior*, las segundas solamente a *posteriori*.

EPICTETO.

Nacido en Hiérapolis hacia el año 50, fue esclavo liberto en Roma e impartió sus enseñanzas en el Epiro. Se le considera una de los representantes del estoicismo en la época imperial y de su doctrina dice el DICCIONARIO DE FILOSOFÍA de Ferrater Mora. “la realidad es que la actitud religiosa de Epicteto se parece en modo extraordinario a la cristiana, no sólo por su creencia en un Dios padre, en una persona divina trascendente al mundo y con la cual los hombres pueden llegar a la comunidad, sino por múltiples aspectos de su doctrina práctica, no siendo casual, por tanto, que las máximas de Epicteto hayan sido comentadas en círculos cristianos. Sin embargo, la coincidencia con el cristianismo en la obra de Epicteto es, por lo menos tan grande como su divergencia; en ningún momento abandona Epicteto la tradición de la escuela estoica, tal como fue desarrollado por Zenón de Citio y, ante todo, por Crisipo. Según Epicteto, hay que distinguir entre las cosas que dependen y no dependen del hombre, pues sólo atendiendo a lo que depende de él, podrá conseguirse la verdadera dicha y sosiego del espíritu frente a las falsas opiniones y a la intranquilidad producida por la apetencia de los bienes externos. Sus obras son los Discursos o *Diatribai*, transcritos por Arriano en número de 8, y el *Manual* o *Enquiridion*. Murió hacia el año 138.

EUCLIDES.

Extractamos lo que dice sobre Euclides el DICCIONARIO DE FILOSOFÍA de Ferrater Mora, que puede ser ampliado en otras obras de consulta.

Euclides (fl. 365 antes de J.C.), de Alejandría –así es llamado aunque no se sabe su lugar de nacimiento-. Se supone que estudió en Atenas con los platónicos y que fundó una escuela de matemáticas en Alejandría. Euclides sistematizó en los trece libros de los *Elementos*, *Estoijeia*, posteriormente aumentados en otros dos libros, la matemática de su época, y especialmente la geometría. Los *Elementos* han sido el texto matemático más influyente de todas las épocas; los muchos cambios que ha ido sufriendo en el curso de los siglos no han alterado su estructura lógica fundamental, es decir, el sistema deductivo con definiciones, axiomas (principios o supuestos), teoremas y pruebas (...). La geometría euclidiana fue importante no sólo en la matemática sino en todo el desarrollo de la lógica y del procedimiento de prueba deductivo.”

EXPERIENCIA (*Experience*)

El origen último de las ideas son las **impresiones** que pueden provenir del exterior o bien de la propia capacidad interna de sentir (pasiones y emociones). Este conjunto de **impresiones** se conserva ordenado en la memoria y constituye la experiencia. Aunque cada persona tiene su acervo individual de **impresiones**, esto es, su propia experiencia, el modo en que estas se dan es común a la naturaleza humana y constituyen el punto de partida del conocimiento. La experiencia proporciona un conocimiento seguro de los hechos pasados y, junto con el hábito, aporta pruebas para realizar inferencias acerca de los futuros.

“A este respecto, es interesante observar que la experiencia pasada, de la que dependen todos nuestros juicios de causas y efectos, puede actuar sobre nuestra mente de un modo tan insensible que nunca nos demos cuenta de ello, siéndonos incluso desconocida su actuación en alguna medida. La persona detenida en su camino por un río prevé las consecuencias de seguir adelante: el conocimiento de estas consecuencias le es proporcionado por la experiencia pasada, que le informa de ciertas conjunciones de causas y efectos” (Hume, 1739) Ver **experiencia**.

FILOSOFÍA ACADÉMICA O ESCÉPTICA (*Academic or Sceptical philosophy*)

Acerca del escepticismo dice el DICCIONARIO DE FILOSOFÍA de Ferrater Mora: “El escepticismo como doctrina filosófica tiene dos aspectos: uno teórico y otro práctico. Desde el punto de vista teórico, el escepticismo es una doctrina del conocimiento según la cual no hay ningún saber firme, ni puede encontrarse nunca ninguna opinión absolutamente segura. Desde el punto de vista práctico, el escepticismo es una actitud que encuentra en la negativa a adherirse a ninguna opinión determinada, en la suspensión del juicio...la salvación del individuo.”

En la antigüedad hubo una pluralidad de escuelas que mantuvieron posiciones escépticas entre ellos los miembros de la Academia platónica durante los siglos I y II a quienes se les atribuye un escepticismo moderado que consiste no tanto en negar que la verdad exista como en manifestar que no puede ser aprehendida y que por lo tanto sólo podemos lograr un conocimiento probable.

En la edad moderna hay un renacimiento del escepticismo moderado en autores como Gassendi, Montaigne y Mersenne, pero el que más influyente en Hume fue probablemente Pierre Bayle. En su *Ensayo* dedica toda una sección, la número XII, al escepticismo, de ella vamos a extraer algunos párrafos sobre las diversas clases de escepticismo.

“Hay una clase de escepticismo *antecedente* a todo estudio y filosofía, que ha sido muy recomendado por Descartes y otros como una magnífica salvaguarda contra el error y el juicio precipitado. Aconseja duda universal, no sólo para formar opiniones y principios, sino también de nuestras propias facultades; de cuya veracidad, dicen debemos asegurarnos, mediante una cadena de razonamientos deducido de algún principio original que no pueda ser falaz o engañoso (...)

Hay otra especie de escepticismo, *consecuencia* de la ciencia y la investigación, que se da cuando los hombres suponen haber descubierto la naturaleza absolutamente falaz de sus facultades mentales o la incapacidad de estas para alcanzar alguna determinación fija sobre esos curiosos temas de especulación para los que son empleadas (...)

Ciertamente hay una especie más mitigada de *escepticismo* o filosofía *académica* que puede ser a la vez más duradera y útil y que puede, en parte, ser el resultado de este pirronismo o escepticismo excesivo, cuando sus imprecisas dudas son, en alguna medida, corregidas por el sentido común y la reflexión.” (Hume, 1748, pp. 149 y ss.) Ver **filosofía**.

Hume rechaza el escepticismo cartesiano por que piensa que no hay un principio universal del cual deducir las verdades, además le parece que si nos tomáramos en serio la duda cartesiana sería absolutamente incurable. Se opone el escepticismo excesivo o pirrónico porque aunque sus tópicos contra la capacidad de conocer de los sentidos y las limitaciones de la razón puedan ser acertados “no puede resultar de él ningún bien duradero” (Ibíd.). El escepticismo pirrónico puede prosperar en las escuelas, pero en la vida común, la necesidad de actuar y la realidad de nuestras pasiones y sentimientos nos impiden adoptar una actitud escéptica que resultaría paralizante. Nuestro autor se adhiere al escepticismo mitigado el que conociendo las limitaciones de la capacidad humana aconseja limitar nuestras investigaciones a los temas que pueden ser abarcados por nuestras facultades. El hecho de haber dedicado a este tema toda una sección del libro, además de haber escrito sobre el algún pequeño ensayo (*El Escéptico*) debe hacernos reflexionar sobre el interés que para él tuvo, no sólo la cuestión del escepticismo, sino también su voluntad de que su actitud no fuera confundida con los escépticos cartesianos o los más radicales a los que llama pirrónicos.

HÁBITO, COSTUMBRE (*Habit, Custom*)

Es un principio de la naturaleza humana consistente en una tendencia o propensión a renovar actos u operaciones de la mente. Este principio crea en nosotros la tendencia fuerte (**creencia**) a esperar que dos ideas que en el pasado se han dado juntas (**contiguas**) seguirán apareciendo así en el futuro, a pesar de que no puede demostrarse una conexión necesaria entre ellas. La cita del *Tratado de la naturaleza humana* que transcribimos a continuación, pone de manifiesto cómo actúa esta propensión o tendencia, que es previa a la reflexión y el razonamiento.

“Si se preguntara por qué forman los hombres reglas generales y dejan que influyan en su juicio, aun en contra de la observación y experiencia presentes, yo contestaría que ello se sigue en mi opinión de los mismos principios de que dependen todos los juicios concernientes a causas y efectos. En efecto, estos juicios se derivan del hábito y la experiencia; y una vez que estamos acostumbrados a ver un objeto unido a otro, pasa nuestra imaginación del primero al segundo mediante una transición natural que es previa a la reflexión y no puede ser evitada por ella. Ahora bien, la naturaleza de la costumbre no consiste tan sólo en que ésta actúa con toda su fuerza cuando están presentes los objetos exactamente idénticos a aquellos a los que estamos acostumbrados, sino también, en que ésta actúa, en un grado inferior cuando descubrimos otros similares; y aunque el hábito pierde algo de su fuerza en cada diferencia, raramente resulta destruido por completo si algunas circunstancias importantes continúan siendo idénticas.” (Hume, 1739, p. 269) Ver **hábito**.

IDEA, PENSAMIENTO (*Conception, Idea*)

Las ideas son copias que la mente toma de las **impresiones** que se manifiestan a los sentidos y permanecen en la **memoria** o la **imaginación** cuando la impresión cesa. A esta afirmación, se la denomina “principio de la copia”.

De las ideas dice el propio autor (Hume, 1739, pp. 87-88): “Por *ideas* entiendo las imágenes débiles de las impresiones, cuando pensamos y razonamos (...) Cada uno percibirá en sí mismo la deferencia que hay entre sentir y pensar. Los grados normales de estas percepciones se distinguen con facilidad, aunque no es imposible que en algunos casos particulares puedan aproximarse mucho un tipo a otro. Así, en el sueño, en estado febril, en la locura o en una muy violenta emoción del alma nuestras ideas pueden aproximarse a nuestras impresiones; sucede a veces, por el contrario, que nuestras impresiones son tan tenues y débiles que no podemos diferenciarlas de nuestras ideas. Pero, a pesar de esta gran semejanza apreciada en unos pocos casos, las impresiones y las ideas son, por lo general, de tal modo diferentes que nadie tendría escrúpulos en situarlas bajo grupos distintos, así como en asignar a cada uno un nombre peculiar para hacer notar la diferencia”.

Sobre la última palabra de este fragmento aparece un asterisco ligado a una nota aclaratoria interesante para conocer las intenciones del autor, la nota dice “Utilizo estos términos *impresión* e *idea* en un sentido diferente al habitual, y espero que se me permitirá esta libertad. Quizás haya más bien restaurado la palabra *idea* en su sentido original, del cual se había apartado el señor Locke al hacerla valer para todas nuestras percepciones (8). Por otra parte, no quisiera que se entendiese por el término impresión la manera de expresar la forma en que son producidas nuestras impresiones vivaces en el alma, sino simplemente las percepciones mismas, para las que no hay –que yo sepa– nombre particular, ni en *inglés* ni en ninguna otra lengua”.

El número 8 inserto en la cita en el texto nos conduce, por fin, a una nota introducida por el autor de la edición en castellano. Esta nota pertenece al *Ensayo sobre el entendimiento humano* de Locke (I, I § 8) y dice: “Creo que es el término que mejor sirve para representar cuanto sea objeto del entendimiento mientras un hombre piensa. Lo ha utilizado para expresar cuanto se designa como *fantasma*, *noción*, *specie* o cualquier otra cosa en que pueda emplearse la mente cuando piensa”.

Parece, pues, que la intención de Hume al presentarnos su definición del término “*idea*” y al diferenciarlo de las “*impresiones*” es fundamentalmente crítica con respecto de Locke, cuya concepción sobre las ideas es deudora de la cartesiana. En este punto es conveniente consultar el término “*Idea*” en el apartado dedicado a Descartes. Ver **idea**.

IMAGINACIÓN (Imagination)

Es la facultad por la cual repetimos nuestras **impresiones** de tal forma que éstas han perdido totalmente su vivacidad y ya son totalmente **ideas**. La imaginación es totalmente libre de trastocar el orden de las ideas, al contrario que la memoria, que las conserva con vivacidad y en el orden en que se dieron en la mente. De ella nos dice el propio autor. "Nada es más libre que la imaginación humana; y a pesar de que no puede exceder el primitivo conjunto de ideas suministradas el sentido interno y externo, tiene un poder ilimitado de mezclar, combinar, separar y dividir estas ideas en todas las variedades de la ficción y el sueño. Puede simular una cadena de hechos con toda la apariencia de realidad, adscribirlos a un tiempo y espacio concretos, concebirllos como existentes y pintarlos con todos los caracteres de un hecho histórico cualquiera en el que cree con la mayor certeza". (Hume, 1748, p.47) Ver [imaginación](#).

IMPRESIÓN (Impression)

Es definida por el propio autor como "Todas nuestras sensaciones, pasiones y emociones cuando hacen su primera aparición en el alma"(Hume, 1739 p.87) y en la misma página continúa " A las percepciones que entran con mayor fuerza y violencia las podemos denominar impresiones; e incluyo bajo este nombre todas nuestras sensaciones pasiones y emociones tal como hacen su primera aparición en el alma.

Hume establece así lo que él mismo llama el principio de prioridad de las impresiones respecto de las **ideas**, principio que aplicará a la disolución de las confusiones metafísica. En el propio texto de la *Investigación sobre el entendimiento humano* que hemos seleccionado podemos leer más adelante: "Cuando tenemos, por lo tanto la sospecha de que un término filosófico es utilizado sin ningún significado o idea, como es frecuente, sólo tenemos que indagar ¿ de qué impresión se deriva la supuesta idea? Y si es imposible asignarle ninguna esto servirá para confirmar nuestra sospecha".

Se atribuye a nuestro autor con respecto a un grupo de filósofos del s.XX pertenecientes a la corriente denominada "Empirismo lógico", la precedencia en utilizar el denominado "criterio empirista del significado". Se trata, definido brevemente, de un criterio epistemológico para distinguir los términos significativos de aquellos que no lo son: un término es significativo si puede ser explicado en relación con alguna experiencia. El fragmento de la *Investigación* que hemos citado y mucho otros que podemos encontrar en su libro son muestras de la utilización del "principio de prioridad de las impresiones con respecto de las ideas" como criterio de significación.

MEMORIA (Memory).

Lo que caracteriza a la memoria es que preserva la forma original en que se dan las **percepciones**. "La función de la memoria no es preservar las ideas simples sino su orden y posición" (Hume, 1739, p.97) Ver [memoria](#).

PERCEPCIÓN (Perception)

Tanto las **impresiones** como las **ideas** forman parte de una categoría más general que Hume utiliza un tanto ambiguamente y que son las percepciones. "La mente nunca tiene nada presente, sino las percepciones y no puede alcanzar experiencia alguna de su conexión con los objetos" (*Investigación*, p.153).

Conviene resaltar varias cuestiones a propósito de este término. Por un lado parece querer resumir todo cuanto la mente puede contener, aquello que Descartes llamó pensamiento o ideas dándole con el nombre "percepción" un carácter empirista. Por otro lado, percepción es el modo de darse de los objetos a la conciencia de tal modo que toda realidad se presenta como percepción y la pregunta por como los objetos pueden ser causa de las percepciones queda fuera del dominio del conocimiento.

RELACIONES DE IDEAS (*Relations of ideas*)

“Los objetos de nuestro conocimiento se agrupan, pues, en cuatro clases: dos, para las que disponemos de evidencia directa: relaciones de ideas conocidas por intuición, y cuestiones de hecho conocidas por percepción; otras dos clases de conocimientos son objeto de la “razón y la investigación”: las relaciones de ideas susceptibles de razonamiento moral, o razonamiento por causas y efectos. Por otra parte, todas las relaciones de ideas, bien sean conocidas por intuición o demostración, constituyen una misma clase lógica, por cuanto todas son *necesarias* (son invariables mientras no varíe su definición de los *relata*, o lo que es lo mismo, no pueden ser negadas sin contradicción), y *a priori* (su valor de verdad nos se determina por la experiencia, o como dice Hume, se descubren “ con independencia de lo que exista en parte alguna del universo)”. (J. García Roca *Positivismo e Ilustración: La Filosofía de David Hume*, Universidad de Valencia, 1981 p.111). Las “relaciones de ideas” a las que se refiere el texto pertenecen a la primera clase, las relaciones de ideas conocidas por intuición o susceptibles de razonamiento demostrativo, que son necesarias y “a priori”.

SEMEJANZA (*Resemblance, Similarity*)

Es un tipo de relación natural, que, además puede determinarse inmediatamente, esto es, se puede descubrir a primera vista. Además la semejanza está en la base de todas las relaciones que el autor llama filosóficas en las cuales existe un principio de enlace no natural que no podría existir si no se diera la relación de semejanza entre distintos objetos. Las relaciones filosóficas son: Semejanza, identidad, relaciones de tiempo y lugar, proporciones en cantidad o número, grados de cualidad, contrariedad y causalidad.

La semejanza juega un importante papel en la formación de las ideas abstractas o generales El autor explica la formación de estas ideas en el siguiente párrafo: “Cuando hemos encontrado una semejanza entre varios objetos –como nos ocurre frecuentemente- les aplicamos a todos ellos el mismo nombre con independencia de las diferencias que podamos observar en sus grados de cantidad y cualidad y, cualesquiera otras diferencias que puedan aparecer entre ellos” (Hume, 1740, p.110)